

## LA FE TODO LO VENCE<sup>52</sup>

En estas columnas de *EL UNIVERSAL* leía yo, hace unos cuantos días, uno de los artículos más hermosos y trascendentales que he leído en todos los años que llevo de existencia.

“Optimismo” le titula su autor, el señor licenciado Eduardo Pallares, y el artículo a fe, es merecedor del bello, del luminoso título, del consolador título, desde el principio hasta el fin, desde la primera palabra hasta la última.

Por ese solo artículo el señor licenciado Pallares merece bien de su país, merece agradecimiento y aplauso de su patria.

Optimismo y fe, es lo que necesitamos los mexicanos. Optimismo y fe, es lo que necesitamos los hombres a quienes Dios colocó para luchar y vencer, en este mundo atribulado, en este valle de lágrimas, que de ningún modo debe convertirse en un valle de desesperanza.

La fe transporta montañas, decía Cristo, el verdadero maestro del optimismo, el que devolvió a la humanidad, empequeñecida por el paganismos y por el crudo placer de la materia, la confianza en sí propia; el que hizo grande, sobre todo, a la mujer —a la mujer oprimida y envilecida por la pagana teogonía—, al darle a saber que no era el instrumento de placer que en ella veían los romanos de la decadencia, sino la madre del género humano, la compañera del hombre, su mejor aliada en la lucha por la existencia, y sobre todo y ante todo, un ser que no sólo tiene carne, bella pero frágil carne, sino también espíritu, alto y bello y fuerte espíritu. Espíritu todopoderoso por la pasión y por el amor. Por el amor santo y puro y bien entendió.

Sin fe, sin la alegría y el impulso que da la fe, nada bueno, nada grande se ha hecho ni se hará en este mundo.

“SEMPER GAUDERE”, “estad siempre gozosos”, dice el apóstol de la acción, el inmenso San Pablo.

52 *El Universal*, 3 de abril de 1940.

“La tristeza seca los huesos”, TRISTITIA SICCAT OSSIBUS, contesta desde la profundidad del pasado, el viejo testamento.

“Y no estés nunca triste, que es pecado estar triste”, afirma y comenta glosa y ratifica nuestro exquisito poeta —el más exquisito y espiritual de nuestros poetas—, el gran Amado Nervo; grande por muchos conceptos, pero grande sobre todo por su alma cristiana, por el contenido profundamente cristiano de su alta e incomparable poesía.

Frente a las borrascas de la vida hay que tener alegría y fe, optimismo y confianza. Nos lo ha enseñado así Cristo el magnífico, Cristo maestro de los maestros.

El dijo a sus discípulos, que temblaban de miedo ante las olas encrespadas: “hombres de poca fe, ¿por qué teméis? ¿Por qué vaciláis?”

El tuvo fe en la mujer perdida —perdida para el mundo, no para él, que es todo amor—, tuvo fe en la Magdalena, de la Magdalena, despreciada por el mundo, hizo una santa.

El dio fe, él abrió el camino de la salvación y la fe a la mujer adúltera, al librarla de la lapidación a que otros, más pecadores que ella la condenaban, y al decirlo con voz plena de admonición y de esperanza: “vete y no peques más”

Es decir, si no pecas más, y en tu mano está en que así sea, si tienes fe para corregirte serás salvada.

“Tu fe te ha salvado”, dice el ciego de nacimiento.

Todos los hombres y todos los pueblos debemos tener fe, pero ninguna nación la necesita tanto como el pueblo mexicano.

Ha pasado por un calvario de dolores, siempre desde su origen, desde la cobardía de Moctezuma, y desde el heroico sacrificio de Cuauhtémoc. Ha pisado siempre miseria y llagas, lodo y sangre, sangre y lodo, y por eso precisamente, por tener tantas lacras, por abrigar tantas debilidades y tantas miserias por eso necesita hombres que la salven por la fe, por la confianza en ellos y en él.

Si siempre se está diciendo al pueblo mexicano: eres un pueblo enfermo, un pueblo tarado por la inmoralidad y por el vicio; eres un pueblo que no tiene actitud para la democracia; estás condenado a pasar de la dictadura a la anarquía y de la anarquía a la dictadura; pesa sobre ti como una maldición, la pasividad de la raza indígena, la abulia del criollo y la inmoralidad del mestizo; tu destino manifiesto es el de ser víctima eterna de caciques y políticasteros; si se le dice esto siempre a todas horas, el pueblo mexicano será siempre un pobre y triste pueblo.

Pero si se le dice imperiosamente y con alegría, con la sana alegría del optimismo, del entusiasmo y de la fe: ¡levántate! ¡yérguete! ¡sálvate a ti mismo! Encierras en tu seno grandesas, en tu alma inmensas energías, eres un pueblo joven y si se explican tus caídas, tus orgías, tus debilidades y tus borrascas; eres un pueblo pleno de pasión y fabricado por la pasión —por la pasión de un trópico y por la pasión de dos razas que chocaron y se mezclaron para fundirse en una sola—. Eres un pueblo entusiasta y ardiente, apasionado y fulminante: pecas sólo por exceso de energías, refrena éstas, o por mejor decir, encáusalas; eres merecedor de altos destino, por tu heroísmo, por tu pasión, por tu inteligencia, por tu originalidad, por tus características únicas; entonces, agujoneado vigorosamente por la fe, descubriendo en sí grandesas ignoradas, méritos y posibilidades que se le desconocían, el pueblo mexicano será digno y capaz de labrar por sí propio su futuro, un futuro esplendoroso y sin mancilla.

Otorgar a otro grandeza —dice Chesterton, citado por Pallares,— otorgar a otro grandeza, sea pueblo o individuo, aclaro yo, establece la posibilidad de obtener de él los mejores frutos. “Quien nos empequeñece o nos ridiculiza, nos lanza por la pendiente de los mayores desastres, es nuestro más grande enemigo.”